

mosura y resplandeciente como el oro y la luna, y observó la señal de *sacra* en las plantas de sus pies, levantóse respetuosamente de su asiento, plegó las manos y se inclinó; después abrazó al niño, y observando en él las señales del dominio del mundo, le pronosticó, como entendido en los libros *Vedas*, lo mismo que habían declarado ya los bracmanes. Apenas hubo concluido, rompió á llorar. El rey, espantado y temiendo que alguna terrible desgracia amenazara á su hijo, preguntó al anciano por qué lloraba, y le suplicó que no le ocultase nada, fuese bueno ó malo; pero Asita le tranquilizó y dijo: «No lloro por tu hijo, ni veo desgracia alguna en su porvenir; lloro por mí, que viejo y caduco como soy, no podré ver el día en que tu hijo dará al mundo su ley, que será su salvación; porque has de saber, ¡oh rey!, que el príncipe sidarta no se inclinará á los goces materiales y será ciertamente Buda.»

Al oír esto el monarca, levantóse lleno de gozo y se inclinó ante su hijo, tan venerado por el anciano richi, y por los mismos dioses, y el richi, dirigiéndose á su sobrino, dijo: «Tan pronto como oigas que Buda ha aparecido y que hace mover la rueda de la ley, correrás á su lado para quedarte en su compañía y lograrás tu salvación (1).» Dicho esto, volvió á inclinarse con las manos plegadas ante el niño, dió las vueltas en su rededor y, dirigiéndose al rey, dijo: «Grande es tu dicha, ¡oh rey!, de tener un hijo que un día confortará todo el mundo, á los dio-

(1) El *Lalita-Vistara* llama al sobrino Naradata, pero otra tradición le llama Nalaca, y no dice que fuese con su tío al palacio del rey, sino que Asita fué por él á casa de su madre, hermana del asceta, y para tener un pariente entre los adeptos de Buda le cortó el cabello, le puso desde luego el hábito monástico y le hizo tomar la escudilla del mendigo. A su tiempo, cuando Buda predicó, fué Nalaca á escucharle y seguirle, y á los siete meses dejó esta vida. Entonces había muerto ya su tío y también habían muerto los ocho bracmanes que habían explicado el sueño de Maya y asistieron después á la ceremonia de dar el nombre al hijo del rey Sudhodana, á excepción del más joven, llamado Caundiña, que con cuatro hijos de estos bracmanes formó el grupo de los cinco venerables que fueron los primeros adeptos de Buda. Cuenta también la leyenda del *Lalita-Vistara*, que visitó igualmente al rey una comitiva de dioses para ver, saludar y ensalzar á su hijo, destinado á ser Buda.

ses y á los hombres, con su ley.» Con esto se despidió, y colmado con muestras de veneración y de la munificencia del rey, regresó como había venido á su morada solitaria en la selva.

Al cabo de cierto tiempo, los notables y ancianos sakias, de ambos sexos, hicieron presente al rey que convenía llevar á su hijo al templo de los dioses; á lo cual el rey accedió y dió luego orden á la anciana aya Gautami de que le ataviara convenientemente. Cuando la anciana cumplió la orden, el príncipe le preguntó el motivo; y al saberlo, dijo riendo á su ama: «¿Dónde, tía, hay un dios más excelso que yo, para que me lleven á él?» Mas cuando entró con todo su brillante acompañamiento en el templo, cayeron de sus pedestales las imágenes de los dioses Siva, Vishnu, Indra y demás, lo cual produjo un entusiasmo inmenso, que fué acompañado, como de costumbre, de temblor de tierra, lluvia de flores, música celeste, etc., despertando en miles de hijos de dioses la idea de la iluminación espiritual suprema.

Al cabo de otro espacio de tiempo, Udayana, sacerdote de palacio, dijo al rey que había llegado el tiempo de adornar solemnemente de joyas al príncipe. El rey accedió y mandó hacer las joyas; pero cuando se verificó la ceremonia y fueron puestas al príncipe, sucedió, con admiración de todos los presentes, que las alhajas, antes de tocar su cuerpo, perdieron todo su brillo, y la anciana aya lo explicó diciendo que toda la pompa material no pasaba de ser una mera alucinación y que palidecía ante el resplandor y brillo del bodisatva.

Cuando el príncipe fué un poco mayor, entró en la escuela para aprender las letras, ceremonia que se celebró con las solemnidades y manifestaciones de costumbre, mencionadas ya en las ocasiones anteriores. Miles de jóvenes, el rey con todos los sakias, los dioses y los semidioses acompañaron al príncipe; ni faltaron carros con sabrosas viandas, dulces y danzas de niñas. Pero al entrar el príncipe en la escuela, el maestro Vivamita cayó desmayado al suelo. Corrió á levantarle un hijo de dioses llamado Subhanga, el cual dijo que nada tenía que



buscar en la escuela el que conocía todas las ciencias y artes, y únicamente podía servir allí de guía y salvación á la juventud. Cuando el rey y todos los acompañantes se hubieron retirado, el príncipe sacó su precioso recado de escribir y preguntó al maestro qué escritura de las sesenta y cuatro que le nombró una por una quería enseñarle, á cuya pregunta el maestro confesó humildemente que tenía en su escuela un discípulo sin par. El bodisatva, á cada letra del alfabeto recitado por los alumnos, agregó una sentencia profunda, que en el fondo era el objeto para el cual se había dejado llevar allí, según dice la leyenda.

Un día de primavera salió el príncipe con Jandas y otros jóvenes al campo, y después de mirar cómo trabajaban los labradores, se separó de sus compañeros y finalmente se sentó á la sombra de un copudo acerolo, donde después le encontraron entregado á profundas meditaciones. Pasaron por allí en alas del viento cinco richis cuyo vuelo del Sur al Norte hasta entonces nada ni nadie había podido detener, ni montañas, ni selvas, ni espíritus, ni dioses; pero al llegar cerca de donde estaba el príncipe se vieron detenidos por una fuerza superior. Una divinidad selvícola les explicó la causa, á saber, la presencia de un ser superior, y entonces saludaron y mostraron su respeto al bodisatva, cumplido lo cual pudieron continuar su vuelo. Entretanto se fué acercando el sol á su ocaso; pero á pesar de haber cambiado todas las sombras de dirección, continuó la del acerolo envolviendo al príncipe, á quien andaban buscando su tío y el rey. Estos al fin supieron que había salido con otros jóvenes al campo, y allí le encontraron todavía meditabundo debajo del árbol. Al verle el padre rodeado de luz, como alumbrado por mil soles, y sin embargo á la sombra, se prosternó ante su hijo, el cual volvió de su éxtasis y regresó con su padre á su morada.

Estos sucesos mantuvieron vivo el recuerdo de las profecías de Asita y de los bracmanes. Cuando el príncipe llegó á la adolescencia (según algunas versiones contaba diez y nueve años), los sakias ancianos, reunidos en la sala del consejo, aconsejaron

al rey que dispusiera el casamiento de su hijo, con la esperanza de que de esta manera renunciaría á la vida de peregrino mendicante y, sucediendo á su tiempo á su padre en el trono, mantendría el respeto de que gozaban los sakias entre sus vecinos. El rey convino en ello y dijo que sólo faltaba encontrar una esposa digna de su hijo. Todos los sakias presentes, en número de quinientos, se apresuraron cada uno á ofrecer una hija suya para novia; pero el rey observó que lo mejor era consultar al príncipe. Este pidió para decidirse un plazo de siete días, al cabo de los cuales se declaró conforme con el proyecto para no faltar á la costumbre corriente, si bien conocía que todos los placeres sensuales eran vanos y peligrosos, y sólo exigió que la esposa que se le diese reuniera las condiciones que enumeró.

Entonces el rey dió á su sacerdote de palacio el encargo de buscar la novia, recorriendo todas las familias. Encontróla el purohita en la hija de Dandapani, príncipe sakia. La joven, que era una verdadera joya de su sexo, se declaró dispuesta á ser esposa del príncipe. Cuando el sacerdote hubo participado al rey el resultado de su misión, dijo el rey que, atendidos los escrúpulos del príncipe, convenía dejarle la elección, á cuyo fin pensaba hacer construir una multitud de joyas que haría repartir por su hijo á las doncellas, en cuya ocasión se vería cuál de ellas le gustaba más. Así se hizo; siete días después se reunieron todas las pretendientes en la gran sala del consejo y el hijo del rey dió á cada una su regalo. Todas lo recibieron, una tras otra, sin levantar la vista, y se retiraron, hasta quedar la última, llamada Gopa, la hija del príncipe sakia Dandapani, que se había mantenido aparte en medio de sus esclavas, pero que entonces se adelantó y dijo con cariñosa sonrisa al príncipe: «¿Qué te he hecho yo para que me desprecies?» Respondió el príncipe: «No te desprecio, pero llegas algo tarde;» y diciendo esto, habiéndose ya acabado los regalos, quitóse su preciosa sortija del dedo y la presentó á Gopa, que volvió á preguntar: «¿Merezco yo este regalo?» á lo cual aquél contestó: «Mereces todas mis joyas.» Gopa replicó: «No hemos de quitar las jo-



yas al príncipe, lo que debemos hacer es engalanarle;» y dicho esto, se retiró. Los que habían presenciado ocultos esta escena dieron cuenta al rey diciéndole: «El príncipe ha mirado con placer á Gopa, hija de Dandapani, y ambos han hablado un rato.» En vista de esto, envió el rey á solicitar del sakia Dandapani la mano de su hija para su hijo; pero Dandapani contestó: «En nuestra familia es costumbre dar nuestras hijas sólo á maridos impuestos en las artes; el príncipe ha sido educado con mucho mimo; ignora el manejo de las armas y el arte de la guerra, ¿cómo puedo darle mi hija?»

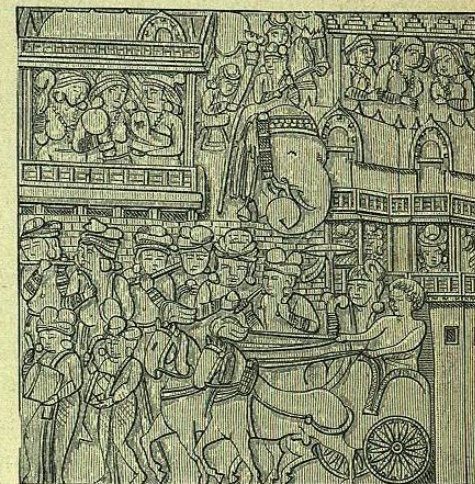
Esta censura había sido dirigida ya otra vez al rey en una ocasión en que se quejaba de los príncipes sakias, que por el mismo motivo no querían hacer la corte al príncipe Sidarta. El príncipe, viendo á su padre pensativo y triste, le preguntó la causa, y al saberla le dijo: «¿Quién hay en esta ciudad capaz de competir conmigo? — ¿Y tú, preguntó el rey sorprendido, podrías salir bien de las pruebas? — Reune, contestó el hijo, á los más capaces.» El rey hizo anunciar un gran torneo que había de verificarse al cabo de una semana y en el cual el vencedor obtendría como premio la mano de la hija de Dandapani.

El día fijado se presentaron en el sitio designado, en las afueras de la ciudad, quinientos príncipes y gran multitud del pueblo para presenciar las luchas.

Se empezó por las artes escolares; en la escritura venció el príncipe, siendo juez el maestro Visvamitra, y en el cálculo se mostró Sidarta superior no solamente á sus competidores, sino también al maestro y al juez Arxuna. Las pruebas que dió de su inmenso saber excitaron los aplausos entusiastas de la multitud, oyéndose al propio tiempo en el aire cantos de alabanzas de los dioses. Vinieron después los ejercicios varoniles, corridas, saltos, natación, la lucha á brazo partido con uno ó más adversarios, y finalmente el tiro con el arco, en el cual el príncipe dió pruebas de una fuerza sin igual y de una habilidad maravillosa, porque manejó con admirable facilidad el formidable arco de su abuelo Sinhahanu, y en todo dejó muy atrás á los mejores adalides sa-

kias, por manera que á cada ejercicio excitó una gritería frenética. Dandapani le dió solemnemente á su hija Gopa por esposa, la cual fué aceptada por nuera por el rey Sudhodana, que en su entusiasmo envió su elefante á recibir á su hijo victorioso.

Se encontró con el elefante, á la puerta de la ciudad, un primo de Sidarta, llamado Devadata, el cual poseído de envidia por haber sido vencido, cogió con la mano izquierda la trompa y dió con la derecha tan formidable golpe al animal, que le tendió en el suelo. En esto llegó allí otro primo, llamado Nanda, que vituperó esta acción y apartó del paso al animal. Llegó entonces el hijo del rey, y enterado de lo sucedido, vituperó también á Devadata, elogió á



El hijo de Sudhodana regresando victorioso del torneo, bajo relieve de la puerta septentrional del tope de Sanchi.

Nanda, y alargando la pierna fuera de su carro, arrojó de un puntapié el pesadísimo cuerpo del elefante por encima de los siete baluartes y fosos que formaban el recinto de la ciudad, diciendo que el cuerpo muerto podría apestar la población. El hoyo que formó el cuerpo muerto en su caída se llama todavía, dice la leyenda, *hastigarta* (tumba del elefante).

En su día fué llevada Gopa, ricamente ataviada y acompañada de sus doncellas, llenas de júbilo, á la morada del príncipe, el cual desde entonces vivió entre ellas y en medio de placeres, de las danzas y juegos de miles de mujeres brillantemente ataviadas, como Indra con su Casi, en continuas diversiones (1).

(1) La traslación de Gopa á la morada del príncipe está representada en el bajo relieve de Amravati que hemos reproducido en la pág. 237 del tomo primero.



Así pasaron años; el bodisatva parecía haber olvidado en el torbellino de los goces materiales su misión, bien que los dioses no cesaban de recordársela. En los cantos y músicas de sus mujeres el príncipe creía oír sus pasadas meditaciones sobre las miserias de esta tierra, sus votos y su misión de salvador y libertador del mundo, porque, como dice la leyenda: «El esclavo no puede ser libertador, ni puede servir de guía el ciego; sólo el varón libre puede libertar, y sólo el que tiene la vista clara puede enseñar á otros el camino que deben seguir.»

También el rey estaba atormentado por pensamientos análogos; en sueños veía á su hijo caminando en traje de monje mendicante, y cuando despertaba asustado, enviaba á saber si su hijo continuaba en su palacio.

A fin de hacerle la vida más atractiva, mandó construir para él tres nuevos palacios, uno de verano, otro para la estación de las lluvias y otro de invierno, adornados todos convenientemente para hacer la permanencia en ellos lo más amena posible, sin faltar nunca los coros de mujeres con música y danzas, pero rodeando también cada palacio de centenares de guardas armados.

Un día, sin embargo, el príncipe manifestó el deseo de hacer una excursión á los jardines de recreo, á cuya noticia se apresuró el rey á mandar arreglar y adornar los caminos y los mismos jardines, cuidando de alejar y hacer desaparecer cuanto podía impresionar desagradablemente. Al séptimo día se verificó la salida del príncipe con grandísima pompa y brillante séquito. Salió la expedición por la puerta oriental de la ciudad, y á poca distancia, por disposición de los dioses, atravesó el camino un anciano caduco, mísero y tembloroso, apoyado en su báculo. El príncipe preguntó á su auriga qué enfermedad padecía aquel hombre, y el auriga le contestó que aquel viejo no padecía nada de particular, sino que pagaba el tributo á la vejez inexorable, como lo pagaba todo el mundo y como lo tendrían que pagar su padre y él mismo si no morían antes. Esto dejó pensativo al príncipe y le quitó el gusto de la excursión, por cuya razón

mandó volver atrás y dejar la salida para otro día, después de haber meditado sobre la vejez y sus achaques.

Al cabo de algún tiempo se verificó la nueva salida, esta vez por la puerta del Sur; pero encontraron á un enfermo, y el guía del carro hubo de explicar al príncipe cómo todos los hombres estaban sujetos á enfermedades. Esto impresionó también al príncipe tan desagradablemente que mandó suspender la excursión y volver atrás para meditar primero sobre lo que había visto y oído.

Dispúsose la excursión por tercera vez, y al salir por la puerta occidental se encontró con un entierro con sus lamentaciones, plañideras y demostraciones de dolor. El guía del carro volvió á explicar al príncipe la significación de todo, y el príncipe, con la imaginación llena de ideas de vejez, decrepitud, enfermedad y muerte, perdió otra vez la gana de seguir adelante y mandó volver á palacio, porque quería meditar sobre la manera de libertar á la humanidad de tales aflicciones.

Dispuesta la expedición por cuarta vez, salió por la puerta del Norte. Al poco rato la comitiva encontró á un monje mendicante que con dignidad tranquila y expresión alegre y contenta seguía su camino. El príncipe, después de oír la explicación de su auriga, se mostró complacido porque sabía que los sabios ensalzaban la vida piadosa del peregrino, tan provechosa para él mismo como para los demás y que daba por resultado el contento en esta vida y después dulcísima inmortalidad. Así verificada la expedición, regresó muy satisfecho á la ciudad.

El rey Sudhodana supo todo lo sucedido, y viendo que la profecía de Asita amenazaba cumplirse, aumentó sus disposiciones para evitar la evasión de su hijo, haciendo vigilar día y noche todas las salidas del castillo, rodeado de un cordón de hombres armados, y encargando á las mujeres que hiciesen los mayores esfuerzos para cautivar al príncipe con sus juegos, danzas y demás diversiones, sin interrumpirlas ni un instante.

Aquella noche turbaron á Gopa, que dormía al lado de su esposo, pesados sueños; vió en todas partes destrucción; ella mis-



ma estaba mutilada y desfigurada; sus joyas rotas y esparcidas, su lecho destrozado; el sol y la luna se desprendían del cielo y caían; las montañas se abrían y eran devoradas por las llamas; se desencadenaban tempestades; todo era lucha y destrucción hasta en el fondo del mar. Por fin se despertó llena de angustia y contó á su esposo su ensueño. Sidarta la calmó diciéndole que las personas buenas tenían estos sueños, que significaban el aniquilamiento de lo que es mentido y malo y el triunfo de lo que es verdad y bueno. «Tú misma, le dijo su esposo, verás el anonadamiento del enemigo protervo y de sus lazos, y tendrás una parte principal en la salvación y gloria. Alégrate, pues; no temas y duerme tranquila, porque tus ensueños son augurios felices.»

Sidarta, con todo, estaba decidido á ejecutar su intento, pero no sin avisar á su padre, á cuyo fin aquella noche, cuando todos dormían, pasó al palacio del rey. Al llegar allí, irradió de su cuerpo tanta luz, que el rey llamó á su camarero y le preguntó si había salido ya el sol, á lo cual le contestó el criado que no era sino media noche, pero que el edificio y los árboles estaban inundados de una luz suavísima, agradable y sin sombras, como si el espíritu bueno hubiese llegado al palacio. Entonces vió el rey delante de sí á su hijo, que le comunicó su intento, y el rey, sin poder moverse, tuvo que dar su consentimiento. Quiso, sin embargo, hacer una última tentativa; dijo al príncipe, con lágrimas en los ojos, que si quisiera renunciar á su propósito, le daría cuanto pidiese; á lo cual repuso el hijo que renunciaría si su padre, el rey, le pudiera conceder cuatro cosas, á saber: juventud y belleza permanentes, salud y vida, abundancia y fortuna, y librarle de enfermedades, de la caducidad, de la muerte y de todo infortunio. «Si no puedes, añadió, concederme todo esto, concédeme siquiera que cuando haya salido de esta vida, no haya de volver á nacer y pasar por otra.» El rey tuvo que confesar con el corazón afligido que nada de esto podía conceder, y se limitó á desearle buen éxito en su propósito de ser el salvador del mundo. Con esto se despidieron y el hijo regresó á su palacio,

donde nadie había notado su ausencia ni nadie advirtió su llegada.

Entretanto continuaban los sakias guardando todas las salidas del castillo y de la ciudad, porque cuando el rey les había dicho que el príncipe se marcharía, habían contestado: «Vigilaremos: ¿qué hará él solo contra todos nosotros?» Habían colocado centinelas en todas las puertas y en el interior de la ciudad en las plazas y mercados; los jefes hacían la ronda para asegurarse de la vigilancia; la vieja Gautami por su parte había recomendado á las mujeres que estuviesen siempre alerta y no perdieran al príncipe de vista; que continuasen ostentando sus mejores galas, ejecutando juegos y danzas durante toda la noche, porque marchándose el príncipe la casa real quedaría desierta y desaparecería toda su magnificencia.

En la sala de las mujeres ardían todavía las lámparas cuando el príncipe entró, pero la luz que despedían era débil y estaba próxima á apagarse; las mujeres dormían: aquí grupos de bailarinas rendidas de cansancio; allí las músicas, unas abrazadas á sus instrumentos, otras echadas encima de sus laúdes y címbalos; más allá algunas con la boca abierta, cayéndoles la baba sobre los pechos; otras roncando, otras dormidas, pero con los ojos entreabiertos; otras rechinando los dientes, algunas apenas cubiertas con su ropaje, muchas enteramente descubiertas. El príncipe echó una mirada sobre los grupos, que despertaron en él la idea de un campo de cadáveres. «¡Qué miseria!, se dijo; ¿á quién puede gustar este espectáculo? El hombre esclavo de la sensualidad anda en tinieblas y extraviado, se halla cogido en una red de la cual no puede salir.» Estas reflexiones excitaron la compasión en Sidarta; salió al mirador, y dirigiendo su mirada al cielo, levantó las manos á todos los budas (quiere decir, según Beal, al espíritu universal ó á la inteligencia del universo) y vió á Indra rodeado de multitud de dioses y envuelto en flores y perfumes; vió á los cuatro custodios del mundo con todos los genios, sol y luna y todo el mundo celeste rutilante de luz; pero comprendiendo que era hora de marchar, llamó á su